

# Los rollos del mar muerto.

## EL METROPOLITANO SAMUEL

Un día, a comienzos de la primavera de 1947 y en las proximidades de un risco en la costa oriental del Mar Muerto, un muchacho beduino, llamado Mohamed el Lobo, cuidaba algunas cabras. Trepano en pos de una de ellas, que se había descarriado, reparó en una cueva que hasta entonces no había visto y por pasatiempo arrojó dentro una piedra. Se oyó el ruido de algo que se rompía. El muchacho se asustó y huyó. Pero volvió más tarde con un compañero y exploraron juntos la cueva. En el interior encontraron grandes vasijas de barro. Las rodeaban los fragmentos de otras ya destruidas. Cuando les quitaron las tapas semejantes a cuencos, salió un olor nauseabundo que provenía de oscuros bultos oblongos contenidos en ellas. Una vez fuera de la cueva, vieron que estaban envueltos en tiras de lino y los recubría una negra capa de algo que semejava alquitrán o cera. Al despojarlos de las envolturas hallaron largos manuscritos trazados en columnas paralelas sobre finas láminas unidas por costuras. Aunque estaban en parte descoloridos y destruidos, resultaban en general notablemente claros. Los muchachos comprobaron que los caracteres no eran árabes. Se maravillaron hasta tal punto con los rollos que los conservaron y, cuando se trasladaban, los llevaban consigo.

Los jóvenes beduinos pertenecían a una partida de contrabandistas que pasaban cabras y otros bienes de Transjordania a Palestina. Con la intención de evitar el puente del Jordán, que estaba bajo la custodia de aduaneros armados, habían hecho largos rodeos hacia el sur y transportado sus mercancías atravesando la corriente a nado. Se dirigían ahora a Belén para venderlas en el mercado negro y habían ido al Mar Muerto con el fin de abastecerse en la fuente de Ain Feshkha, cuya fresca agua era la única que podía encontrarse en muchos kilómetros a la redonda en región tan caliente, seca y desolada. Era imposible que los descubrieran en esa localidad sin atractivos a la cual nunca iba nadie. Vendieron el contrabando en Belén, donde mostraron los rollos al mercader que lo compraba. Éste, no entendiendo de qué se trataba, se negó a pagar las veinte libras que pidieron por ellos. Los beduinos llevaron entonces los rollos a otro mercader, de cuyos artículos se proveían habitualmente. El hombre, que era sirio, pensó que la lengua en que estaban escritos podía ser siríaco antiguo, y, por intermedio de un compatriota, se comunicó con el metropolitano de la Iglesia Siria que se encontraba en el monasterio de San Marcos, situado en el Jerusalén Viejo.

El metropolitano Mar Athanasius Yeshue Samuel se mostró muy interesado. Sabía que nadie había vivido en las cercanías de Ain Feshkha desde las primeras centurias cristianas. Además, lo habían impresionado las afirmaciones de los visitantes, quienes decían que los rollos estaban "envueltos como momias". Cuando le trajeron uno al monasterio, separó un fragmento y lo quemó. Pudo comprobar por el olfato que el material era pergamino o cuero.

Reconoció que el texto estaba en hebreo. Sin embargo, no siendo docto en tal lengua, le fue imposible descubrir el sentido del manuscrito. Anunció que compraría los rollos, pero, mientras tanto, los beduinos se habían ausentado para realizar otra expedición.

La excitación del descubrimiento de los rollos había permitido a Sukenik olvidar la guerra. En momentos en que la Legión Árabe bombardeaba las oficinas de la Agencia Judía situada en el centro de la Jerusalén Nueva, no dudó en citar cada tarde, entre las tres y las cinco, a conferencias de prensa, prometiendo importantes noticias. Para aguardar allí se requería cierto temple. Un corresponsal norteamericano, que se había desmayado en la calle durante el trayecto, tuvo que ser transportado por sus colegas. Los reporteros se quedaron de una pieza cuando Sukenik, que parecía casi imperturbable bajo los fogonazos y las detonaciones, anunció el descubrimiento de los rollos del Mar Muerto. Como les dijo, salvo algunos fragmentos, eran los primeros manuscritos hebreos antiguos que se conocían. Pensaba él que debían pertenecer al primero o al segundo siglo a. c. Los periodistas escucharon el nombre de Isaías y algo acerca de un hasta entonces ignorado trabajo al cual Sukenik dio el título de La guerra de los hijos de la Luz contra los hijos de las Tinieblas. Cuando lo estaba mencionando, estalló una granada. Los reporteros habían estado al comienzo un poco malhumorados de que se les hubiera pedido que arriesgaran el pellejo por unos manuscritos viejos; pero terminaron impresionándose con el avasallador entusiasmo del erudito.

No fue, sin embargo, hasta febrero de 1948 cuando el metropolitano Samuel consiguió ponerse en contacto con alguien que pudiera informarle acerca de los rollos. Uno de sus monjes, el hermano Butros Sowmy, recordó que diez años antes, cuando tuvo ocasión de visitar la Escuela Americana de Investigaciones Orientales, había sido bien recibido allí. Aconsejó al metropolitano que se comunicara con ella. Éste lo hizo así. El hermano Butros Sowmy llevó los rollos a la Escuela Americana el 18 de febrero y los mostró al director en funciones, doctor John C. Trever. El verdadero director, doctor Millar Burrows, de la Facultad de Teología de Yale, estaba realizando una excursión por el Irak. El doctor Trever, joven de poca experiencia, no fue capaz de estimar, como el profesor Sukenik, la edad probable de los manuscritos. Pero, cuando comenzó a sospechar lo que significaban, también él se excitó. 'Recordé la caja de fotografías referentes a What Lies Back of Our English Bible, **4** que se encontraba sobre mi escritorio –escribe en Biblical Archaeologist–, revisé la sección de primitivos manuscritos hebreos. Un vistazo a la ilustración que muestra el códice del Museo Británico, perteneciente al siglo IX, me demostró que los rollos eran mucho más antiguos. La siguiente fotografía que estudié fue la del papiro Nash, pequeño fragmento que se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge y que contiene el Shema y los Diez Mandamientos.- Ahora bien, el papiro Nash, comprado por un inglés a un tratante egipcio hace alrededor de cincuenta años, está en caracteres arcaicos, los cuales, por ese entonces, tampoco eran bien conocidos. Se le había considerado como el más viejo manuscrito hebreo existente. Varias autoridades le asignaron fecha. Hay quienes lo consideran situado entre comienzos del segundo siglo a. c. y fines del primero d. c. Es natural, pues, que el doctor Trever se alborozara al ver que "la similitud entre el manuscrito del papiro y el de los rollos era notable". Pero agrega que "la ilustración era demasiado pequeña para ayudar mucho". Trever carecía en ese momento de cámara fotográfica. Copió un pasaje de un rollo.

#### 4 Lo que se encuentra detrás de nuestra Biblia inglesa. [T.]

Lo identificó luego como perteneciente a Isaías. Más tarde persuadió al metropolitano de que le permitiera fotografiar todos los rollos y lo convenció de que su valor se acrecentaría si se publicaban y se estimulaba el interés hacia ellos. Esta decisión, como veremos, resultó afortunada por una parte e infortunada por otra.

Sin embargo, nada pudo hacerse de inmediato. En el curso de la batalla por Jerusalén, la energía eléctrica había sido cortada. Parecía dudoso que pudiera obtenerse luz para fotografiar los manuscritos. Mientras el doctor Trever y su colega el doctor William H. Brownlee permanecían a la espera de los acontecimientos, se valieron de lámparas de petróleo y buscaron en la biblioteca todo lo que pudiera ilustrar de algún modo lo referente al papiro Nash. Hacia la medianoche, estaban casi seguros de que el nuevo rollo de Isaías era tan antiguo, o más, que aquél. "Pude dormir, aunque con dificultad —escribe el doctor Trever—, la nueva prueba continuaba dando vueltas en mi mente. Todo aquello parecía increíble. ¿Sería cierto?"

A la mañana siguiente se reanudó la energía eléctrica. Faltaban aún cincuenta y cuatro columnas de Isaías. Cuando llegó el mediodía, estaban muy lejos de haber terminado. Los sirios se quedaron a almorzar. "Recordaremos siempre con placer la hora de camaradería en torno a la mesa —escribe Trever—, nos proporcionó un sentimiento de cristianismo ecuménico y estrechó nuestra amistad con los sirios tanto como nuestro conocimiento de ellos." El metropolitano, por supuesto, se deleitaba con que su fe en la antigüedad de los rollos finalmente se hubiera justificado. No queriendo divulgar el secreto del escondite, había dicho primero a los miembros de la Escuela que los rollos eran manuscritos sin catalogar que habían aparecido en la biblioteca del monasterio. Más tarde, cuando ganaron su confianza, les refirió la historia completa. El doctor Trever le explicó al punto que las leyes palestineses sobre antigüedades exigían que cada descubrimiento fuera inmediatamente declarado. El metropolitano aseguró que, en lo futuro, cooperaría escrupulosamente con el Departamento de Antigüedades y con la Escuela.

Después de comer, volvieron a la tarea. Ciertas secciones de los rollos estaban reducidas a fragmentos y fue necesario reajustarlas. Las unieron con papel engomado, pero se despegó pronto. Apenas habían logrado acabar con dos rollos cuando, por la tarde, los sirios tuvieron que volver al monasterio. El metropolitano les dejó otros dos que resultaron partes de un mismo documento. Era casi imposible desenrollar el más pequeño, tan pegado estaba. Consideraron que era un problema que debía estudiarse cuidadosamente, y el metropolitano se lo llevó.

Inmediatamente el doctor Trever expidió copias fotográficas de las columnas que contenían el texto de Isaías al doctor W. F. Albright. Este erudito, que pertenece a la Johns Hopkins, es uno de los principales arqueólogos en asuntos bíblicos y una autoridad en lo que se refiere al papiro Nash, al cual dedicó muchos años de estudio. El 15 de marzo recibieron noticias de él por correo aéreo. Había escrito el mismo día en que recibió la carta: " ¡Mis más cordiales felicitaciones por el descubrimiento más importante hecho en tiempos modernos! No dudo en

absoluto de que la escritura es bastante anterior a la del papiro Nash... Propondría una fecha cercana al año 100 a. c.... ¡Qué hallazgo más increíble! y felizmente no puede haber duda acerca de su autenticidad."

Después de que Sukenik compró los tres manuscritos, uno de los bibliotecarios que habían estado en el monasterio le dijo que existían otros cinco rollos. Parece que, además, un mercader sirio, enterado del interés que manifestaba Sukenik, le propuso, sin conocimiento del metropolitano, un arreglo para vendérselos. Ya muy entrado febrero, se dirigió al monasterio y pidió permiso para mostrar los rollos a Sukenik. El metropolitano le enseñó las fotografías. El intermediario objetó que eran demasiado pequeñas. En momentos en que el combate era furioso y la corriente eléctrica se había nuevamente interrumpido, Sukenik tuvo una entrevista nocturna con el sirio en la tierra neutral de la Y. M. C. A. 5 Examinó los manuscritos con una linterna de pila. Persuadió al hombre de que le permitiera llevarlos a su casa, donde los retuvo dos días. En este tiempo copió algunas columnas del rollo de Isaías. Más tarde las publicó, y con ello perjudicó al propietario. (Entre los rollos obtenidos por Sukenik, había también un texto de Isaías, pero se encontraba totalmente reducido a fragmentos.) Ansioso por adquirir el lote de manuscritos, insistentemente envió mensajeros al monasterio. Pero el metropolitano Samuel había ya firmado un convenio con los americanos de la Escuela. De acuerdo con sus términos, permitía la publicación de los textos fotografiados, siempre que lo hicieran dentro de los tres años siguientes. El metropolitano recibiría el cincuenta por ciento del provecho obtenido.

Los miembros de la Escuela Americana deseaban ardientemente visitar la cueva. El estado de guerra les impidió, sin embargo, llevar a cabo su propósito. El 14 de mayo, a la medianoche, iba a terminar el Mandato.

##### **5 Asociación Cristiana de Jóvenes. [T.]**

Era evidente que árabes y judíos quedarían solos para continuar la lucha. El problema más apremiante para los eruditos consistió en alejarse a tiempo. Un día, antes de que este asunto se resolviera, el metropolitano mandó llamar sin previo aviso al doctor Trever. Había enviado un taxi y un guardaespaldas para que lo llevaran al monasterio. El norteamericano se sintió receloso. Pero se tranquilizó en cuanto llegó a San Marcos. Vio que Mar Athanasius Yeshue Samuel lo saludaba sonriente desde lo alto de la escalera. "Me llevó a su oficina –cuenta Trever–, y me puso en las manos una hoja de papel doblada. ¡Contenía un fragmento de uno de los rollos! Por el color del cuero en que estaba escrita, advertí instantáneamente que era una porción del rollo de Habacuc. El manuscrito, el tamaño y la forma, todo coincidía. Los bordes estaban comidos por los gusanos, cosa que también ocurría con el comienzo del rollo. El fragmento parecía ser exactamente la parte que faltaba en el lado derecho de la primera columna y cuya ausencia había proporcionado un terrible desencanto al doctor Brownlee cuando estudió el rollo. Media columna anterior figuraba en él. Esto probaba, además, que originalmente había habido al comienzo por lo menos otra columna. Es innecesario decir que no perdí mucho tiempo en hacer que también fotografiaran este nuevo fragmento." La

felicidad del doctor Trever aumentó cuando el metropolitano le "informó de que el hermano Butros se había ausentado esa mañana con todos los manuscritos a fin de ponerlos en lugar seguro fuera de Palestina". Era lo que los norteamericanos habían recomendado. Ellos mismos partieron pocos días más tarde.

El Mandato terminó. Los británicos se fueron. Se habían negado a permitir que el control pasara a otro cuerpo o a que la milicia local adquiriera carácter legal. Dejaban a los dos bandos agarrándose mutuamente del cuello. Contaban con que los siete estados árabes, dispuestos a caer sobre la pequeña colonia judía, la destruyeran o arrojaran del territorio. Bajo las órdenes del brigadier Glubb, que había pertenecido al ejército inglés, pero que en ese momento ocupaba un alto puesto como oficial de la Legión Árabe, los ismaelitas comenzaron inmediatamente a bombardear el antiguo barrio judío, que estaba aislado en la Ciudad Vieja. El monasterio se encontraba cerca y recibió el fuego de ambas partes. El hermano Butros pereció y el monasterio sufrió daños que el metropolitano estimó alcanzaban a 30 000 libras. Pese a todo, Mar Athanasius Yeshue Samuel no abandonó Jerusalén hasta el otoño, momento en que el conflicto no había llegado todavía a una solución. Después de una estadía en Transjordania y en Siria, se embarcó para Estados Unidos, adonde llegó a fines de enero de 1949. Llevaba consigo los rollos. El doctor Burrows, ya de vuelta en Yale, lo había animado a que fuera. La Escuela Americana había arreglado la publicación del texto de los rollos y el metropolitano esperaba que esto le ayudaría a vender los originales. Pero debemos interrumpir en este punto sus aventuras, porque un nuevo capítulo comienza.